

incunable

Colegios Mayores Sacerdotales de la Universidad Pontificia de Salamanca

Núm. 32 - Julio 1951 - Redacción: San Pablo, 17 - Administración: Compañía, 3 - Apartado 116

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: 15 PESETAS

NUMERO SUELTO: 3 PESETAS

El sacerdote ante el deporte

Por el capitán ELEUTERIO TORRELO

Profesor de la Escuela Central de Educación Física y Director de la "Revista Española de E. Física"

Por todas las tierras del mapa, una pléyade magnífica de hombres que hicieron del sacrificio, del trabajo un lema, laboran incansablemente por mantener y extender la doctrina de Cristo.

Su fe en la maravillosa fe del iluminado; su moral, la elevada moral de los que nada esperan en este mundo y tienen la sonrisa a flor de labios para corresponder a la afrenta y a la ingratitud.

Examinando con serenidad la vida del sacerdote se siente uno reconfortado ante el valor moral y la completa renuncia personal de los que dedican la existencia al servicio de sus semejantes.

Pero estos hombres seleccionados, escogidos entre tantos seres, para una misión tan llena de sacrificios no necesitan sólo de la fortaleza del espíritu y el predominio de la inteligencia. Para triunfar han de poseer también, y en alto grado, la robustez del cuerpo, la suficiente tonicidad de músculos, la necesaria resistencia a la fatiga y un endurecimiento general que les acompañe y les guíe en su andariego trabajar.

Los sacerdotes que viven apartados, encerrados en nuestras aldeas, en varios lugares que cuidar espiritualmente, en feligresías distantes entre sí muchos kilómetros, y con el viento o el calor, el frío o la lluvia que vencer, necesitan forzosamente la fortaleza que la salud proporciona, ser capaces de andar velozmente, de correr incluso, sin que el agotamiento pueda detener su marcha, porque quizás de una desesperada carrera del joven cura depende el que un alma suba al cielo y de que la absolución llegue a tiempo de evitar una condenación eterna.

También, por ser humanos, no podemos considerar apartados del sacerdote el decaimiento, la fatiga y el carácter retraído al laborar que la enfermedad produce; es una forzosa ley biológica a la que no pueden evadirse.

De aquí el que la salud y el vigor sean tan necesarios al sacerdote, y para tener y mantener su cuerpo sano y ágil necesita del deporte, de la práctica racional, honesta y continuada de la actividad física.

La precisa para sí, para su propia salud, y le es también precisa, como uno de los más valiosos medios de captación de la juventud con que hoy puede contar en su misión evangelizadora.

Es el sistema más eficaz y seguro de apartar a los hombres de la taberna y del vagar desocupado, porque el deporte sabiamente dirigido, cristianamente orientado, es capaz, como ninguna otra cosa, de encender el entusiasmo, de despertar el espíritu de emulación, de fomentar y crear amistades, de forjar las almas nobles que admitan perder hidalgamente reconociendo la superioridad del adversario o recibir la victoria sin gesto ensorberido por el orgullo.

Por el contrario, la práctica desordenada, el abuso del deporte puede ser originaria de rencores, de abandono de los valores del espíritu

por un culto desmedido al cuerpo, sin contar con el número creciente y enorme de jóvenes, que cada año se malogran en su salud por el forzado trabajo físico a que se han sometido y que no está de acuerdo ni con sus posibilidades ni con la fisiología de sus edades.

Quizás hoy consiga más un sacerdote golpeando un balón entre sus muchachos o jugando a la pelota en la plaza del pueblo que en una plática o en un sermón. Sin duda alguna captará mejor la aceptación de los jóvenes si después de un paseo o una marcha por nuestros campos, recibiendo la acaricia vivificadora de aire y del sol, sentado bajo la sombra protectora de los árboles, dialoga con ellos sobre las verdades eternas de nuestra religión.

Y estas ideas, el hacer sentir la necesidad del deporte, el demostrar los beneficios y el arma poderosa que en él tiene el joven sacerdote, hay que inculcarlas al futuro ministro de Cristo, hay que adentrarlas en los seminarios, hay que hacer jugar, y saltar, y correr a los seminaristas para que por su experiencia propia se den cuenta de que se cansan menos, de que el vigor llena sus cuerpos, de que no sólo físicamente mejora, pues la inteligencia despierta, la sangre fría, la serenidad, el compañerismo y la nobleza son cualidades psíquicas que se crean o se mejoran en los campos y pistas de juego.

Convencido del valor del ejercicio, comprobada personalmente la mejora física y moral obtenida por el deporte en miles de soldados, brindo también a esos magníficos sacerdotes que han utilizado en su labor elementos de atracción tan valiosos como la paciencia, la palabra y el ejemplo, este nuevo modo de conquistar a la juventud, este factor importantísimo de nuestro mundo de hoy: la actividad deportiva engendradora del viejo aforismo de "mente sana y cuerpo sano".

Más de uno esperaría para esta portada la consabida reproducción del discóbolo y la frasecita de siempre: "Mens sana..." Pero hemos preferido la fresca alegría, la limpia mirada, el ingenio candor, el aire prometedor de este chaval que en traje de deporte se asema a nuestras páginas como símbolo de lo que nosotros queremos propugnar aquí: un deporte que no es cortina de deseos malsanos, ni espectáculo que enloquece a las muchedumbres, ni pretexto para rivalidades pueblerinas, ni exhibición de lo que el pudor prohíbe que se muestre, ni culto idolátrico al cuerpo, ni manifestación de una paganía renaciente; sino instrumento de formación íntegra de una juventud alegre, limpia, disciplinada y vigorosa, que sepa y pueda poner al servicio de su ideal cristiano la plenitud gozosa de un cuerpo sano, un ánimo exento de turbios pasos y la constante fruición del contacto buscado con el aire, el sol y esos mil y mil dones con que Dios nos obsequió en la Naturaleza que nos circunda



EL SACERDOTE Y EL DEPORTE, por el Capitán Eleuterio Torrelo, Director de la Revista Nacional de Educación Física.

UN DEPORTE POPULAR Y RECOMENDABLE:

EL FUTBOL, por José María Mateos.

DEPORTE Y APOSTOLADO, por Domiciano Fernández, C. M. F.

ASCESIS CRISTIANA Y LAS ALUSIONES DEPORTIVAS EN SAN PABLO, por Ceslao Spicq.

LA MUJER Y EL DEPORTE, por Hipólito Jerez.

EL DEPORTE FEMENINO, por Lili Alvarez.

EDITORIAL

EL DEPORTE

Se podrán deplorar desviaciones; acaso llegará alguno a opinar que hubiese sido mejor seguirlo ignorando por completo; acaso también otros muchos lo aplaudan de corazón. Lo que ya no puede hacerse es ignorar este hecho social indiscutible: el deporte.

Sobre él, como antes sobre el cine o dentro de unos meses sobre la vida rural o la literatura, urge proyectar el chorro de luz de la doctrina cristiana. Y a eso cabalmente viene este número.

La práctica del deporte invadiendo todas las clases de la sociedad; la utilización frecuente del deporte como espléndido medio de captación apostólico; las desviaciones que fácilmente pue-

den darse en el terreno moral cuando se olvidan las normas fundamentales dadas por Dios; el deporte-espectáculo manejando como juguetes muchedumbres inmensas apasionadas... son cosas a las que no puede cerrarse los ojos. No todas hemos conseguido tratarlas, por no consentir la estructura de nuestro periódico un esquema rígido y apriorístico. Pero nos basta con llamar la atención sobre ese haz de problemas, seguros de que la inquietud de nuestros lectores sabrá hacer lo demás.

Acaso no falte quien opine que hemos dado demasiado a aspectos negativos relacionados con las demasías deportivas hoy en uso. No debe extrañar, sin

embargo. De una parte, porque es tanto el daño, que no parece discreto ni oportuno callar. Nuestro silencio en un número dedicado al tema hubiese sido excesivamente significativo. De otra, porque... éste es el papel del sacerdote. Cuando las cosas van bien, baste una sonrisa de aprobación, que nadie pide razonar. Cuando van mal, hay que alzar la voz, gritar recio y respaldarse bien con abundantes razones y datos muy precisos. Ocurre esto en todo. Y más aún en estas cosas en que suele mediar una afición que, con frecuencia, es pasión.

A pesar de esto creemos en la excelencia del deporte; miramos con viva simpatía esa juventud que gusta del aire libre, de la disciplina y del vencimiento propio a través de él; recordamos sin añoranza tiempos en que muchas de esas energías se las lle-

vaban las intriguillas políticas (si siempre tristes, más en jóvenes), el billar, el cafetín y la cochambre; y deseamos cordialmente que un cultivo sistemático y racional de ese mismo deporte en nuestros centros de formación clerical dé a la Iglesia una generación de sacerdotes tan enteros y robustos de cuerpo como de espíritu.

Una palabra final para dar a cada cual lo suyo. En este caso, a don Ramón Tatay Tatay, de quien es la idea de este número y gran parte de su plan y realización. Por su trabajo en complacernos y por la generosidad con que puso a nuestra disposición sus excepcionales archivo y biblioteca deportivos, nuestra gratitud. El Señor, sin duda, le premiará lo que por nosotros hizo.

INCUNABLE